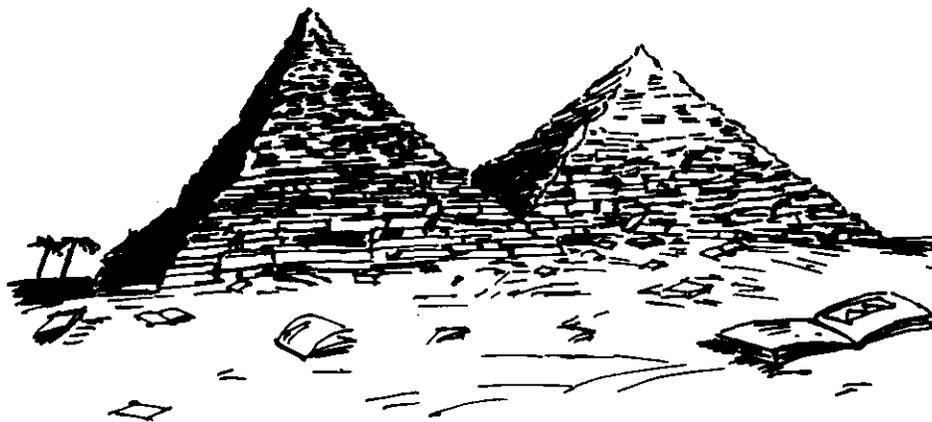


LAS PIRAMIDES

(Crónica)

Eduardo Mora Anda



Se las ve en la llanura de Giseh, en Egipto; en Chichén Itzá, Teotihuacán, Xochicalpo, Teopanzocolo, Papantla y Palenque, en América. Puntas hacia la luz. Montes artificiales dirigidos por la mano humana hacia el espacio infinito... El hombre, pese a los positivistas y materialistas, es religioso. Pequeño ser dotado de una inquietud divina, último producto de la evolución y "flecha del Universo", el ser humano anhela, busca, pide la realización total. El hombre vive la sed de vida, que es también sed de eternidad. Y las pirámides son una forma de expresión de este anhelo de perennizarse, de no morir y alcanzar lo grandioso... Como la iglesia gótica medieval, como la catedral románica, como el Partenón.

Henry David Thoreau consideró una estupidez que tantos miles o cientos de miles de hombres hayan dedicado sus cortas vidas a construir esas gigantescas pirámides sólo para satisfacer la megalomanía o la superstición de algún faraón o rey. Thoreau decía que más le hubiera interesado saber quién se negó a hacer tal cosa y prefirió disfrutar de la vida y llevar una existencia con sentido. Seguramente Thoreau tenía razón. A pesar de esto, las pirámides no dejan de ser tremendamente sugestivas e impresionantes y dan para infinidad de meditaciones e investigaciones. Por lo demás, bien podríamos ver la cuestión desde otro ángulo y preguntarnos cuántas gentes hallarían trabajo en esas obras, qué avances técnicos resultaron del desmesurado esfuerzo de levantarlas.

tar unas construcciones tan grandes, que problemas sociales no se habrán solucionado (o generado) por la edificación de las pirámides...

Estas moles artificiales son una incitación constante para la reflexión. Tienen una enorme base, como de idea bien fundada (la pirámide de Cheops cubre cinco hectáreas) y esta cimentación tan considerable parece querer darnos una idea del peso que tiene la verdad, de la seguridad que ella implica... Luego, los escalones y las inclinaciones piramidales nos sugieren que la vida del hombre —y del alma— es una ascensión, una evolución y crecimiento... Por fin, la cima. En Teotihuacán, en El Tajín (Yucatán), en Tikal, en Chichén Itzá, es decir, en las pirámides mayas, no hay punta; las construcciones son truncas y arriba, en veces, existe un templo pequeñito. En el Egipto, en cambio, la figura piramidal está completa: la cima termina en punta, la pirámide se clava en el cielo. Para los mayas tales construcciones constituyeran centros ceremoniales religiosos. Para los egipcios antiguos eran una dedicación al Más Allá, a la vida futura. En las pirámides mayas a menudo se cumplían ceremonias sangrientas, inclusive sacrificios humanos. En las faraónicas, en cambio, existen una serie de corredores, salas, vericuetos y cámaras secretas, perfectamente simuladas y selladas, las cuales servían, al parecer, para que los hierofantes inicien a sus alumnos en los misterios herméticos y en el sacerdocio de Osiris; allí, dentro del cerro artificial, estaban el pozo de la verdad, la sala de los arcanos o principios fundamentales, la cámara falsa, la cámara del Rey donde, en un sarcófago, el aspirante debía permanecer en meditación la víspera de su "graduación" como hierofante...

Edouard Shure dice que estas mismas disposiciones estaban reproducidas en los templos del Alto y Medio Egipto. Lo que media entre la pirámide maya y la egipcia es

la gran diferencia de conocimientos que existía entre el vago o nebuloso conocimiento de los antiguos mejicanos y la ciencia hermética, más o menos avanzada, de los antiguos egipcios. En México desde la cima trunca de la gran construcción los sabios mayas habrán contemplado las estrellas (con una larga caña hueca, antecesora de los telescopios) para ir elaborando su gran calendario. En Giseh, en cambio, la gran pirámide nos recuerda, con sus exactas dimensiones y proporciones, las precisas distancias del Sistema Solar (por ejemplo, la distancia entre la Tierra y la Luna) y, curiosamente, la duración de algunas épocas de la historia humana... Hay pues entre la construcción mesoamericana y la del Nilo una distancia de ciencia y conciencia que no coincide con la simple cronología de las civilizaciones. Igual distancia se advierte en las respectivas escrituras: las serpientes emplumadas, los alambicados diseños de caras con que escribían los mayas, contrastan con la limpidez de diseño y la armonía de los rasgos que cubren los papiros egipcios. El exterior revela la vida interior. De igual manera, las pinturas del Giotto en Asís, los óleos de Filippo Lippi y Botticelli, traen a la luz exterior esa ingenuidad precisa o ingenua precisión de las almas limpias de otros tiempos.

Entre la religión y la cultura egipcia y la religión y la cultura maya existen, creo yo, diferencias de interiorización espiritual, que han de acentuarse en Europa, con el Medioevo, con la mística cristiana. La pirámide ceremonial está a mucho tiempo de la pirámide iniciática y del templo del hierofante y estos, a su vez, están a siglos de la catedral. El gótico de Chartres, de Notre Dame, de Colonia, de Reims, ya será un apoteosis: las paredes delgadas y como caladas, el ámbito de las naves noble, fresco y austero, pleno de armonía, las pinas torres encumbradas hacia el firmamento, como pías agujas para la ascesis del alma... Pen-

samos entonces en San Bernardo, en San Francisco de Asís, en San Buenaventura y San Juan de la Cruz.

Las pirámides son, en definitiva, triángulos. El triángulo es la figura geométrica que representa el equilibrio entre confines, vale decir, entre afirmaciones. Simboliza los tres mundos: el divino, el intelectual y el físico; las tres posibilidades: *acción, reacción y quietud*; las tres realidades básicas: *creación, transformación y permanencia o correlación*; y la Trinidad que es Dios: *Padre, Hijo y Espíritu Santo*.

Entonces ¿las pirámides no eran sólo una majadería costosa, una tumba desproporcionada, obra completamente absurda resultante de la egolatría y el orgullo satánico de algún faraón o monarca, una edificación monumental del totalitarismo antiguo, fruto del sudor, el sufrimiento y el sacrificio de miles de gentes humildes, llevadas a esos trabajos forzados seguramente por la fuerza de las armas? O, como decía alguien sobre El Escorial:

*"edificio paquidermo
para tumba de microbios"*

Indudablemente las pirámides resultaron de las creencias religiosas, de las "necesidades" ceremoniales o supersticiosas de los mayas y los antiguos egipcios⁽¹⁾ y, no cabe duda, de un régimen de injusticias y explotación del trabajo ajeno.

Esto no obstante, las pirámides son un importante hito en la historia religiosa y en la historia tecnológica de los pueblos, y son y serán siempre una imponente sugestión para el espíritu sensible que las contempla.

Las pirámides ¿son un imán de energía, como aseguran algunos, o un pararrayos de fuerzas cósmicas, universales? Me inclino a pensar que no hay aún estudios conclusivos sobre el tema; hay demasiado de especulación fantástica, pero no faltan los experimentos interesantes. Cuando ascendimos en Teotihuacán a la pirámide más

grande y llegamos a su cúspide, sentimos un estremecimiento placentero. Las vibraciones energéticas parecen más fuertes en la cima. Da la impresión que las fuerzas de la naturaleza se concentran allí, en el afilado túmulo, y el espíritu se ensancha en la contemplación del gran espectáculo que se abre a nuestros pies. En nuestra sensación de plenitud, abrimos los brazos y nos estiramos libremente hasta una cruz (que es la forma de la entrega perfecta)... "Cuarenta siglos os contemplan", decía Napoleón frente a Cheops...

(1) Cabe anotar que las pirámides no representan toda la larguísima historia de Egipto. Ellas sólo corresponden al Imperio Antiguo (2.800 a 2.300 A.C.), etapa en que el pueblo del Nilo vivió como replegado en sí mismo. En los imperios Medio y Nuevo y en las centurias intermedias entre ellos, o lapsos de decadencia, la nación egipcia vivió una vida de relación y de guerras que la mantuvo en contacto con los otros pueblos de la Antigüedad.

